

## “...MIRA LA FE DE TU IGLESIA”

Después del Padre Nuestro rezamos en la liturgia de la Santa Misa: “No mires nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia”. Puede parecer sorprendente esta formulación. Por “Fe de la Iglesia” entendemos usualmente la estructura doctrinal, todo lo que la Iglesia enseña. Aquí, sin embargo, se quiere significar algo diferente: la Iglesia se contempla ella misma como creyente de la misma manera que nuestros pecados son diferentes de nosotros mismos. ¿Quién es esta Iglesia por la que suplicamos al Señor?

Podemos proponer la cuestión de otra manera.: Cuando realizamos la profesión de fe en la Santa Misa decimos simultáneamente, “Yo creo...” Aquí cada uno habla personalmente por sí mismo, pues el acto de creer es personal. Sin embargo, lo que expresamos en el Credo no son nuestras opiniones privadas sino algo compartido por todos en la fe. Podríamos decir también: “Nosotros creemos...”, como consta en la versión griega “fundamental” de la profesión de fe. Y sin embargo este “nosotros” no sería la suma de todas nuestras concepciones personales de la fe en la forma en que por ejemplo un partido político llega a un consenso sobre una propuesta y desde entonces la llaman “nuestra” propuesta.

“Creemos lo que cree la Iglesia, en lo que ha recibido de nuestro Señor y Maestro, Jesucristo, y a lo que ella se adhiere con fe y amor. De aquí que la expresión “Yo creo...” se refiere en primera instancia al “Yo” de la Iglesia.”Yo”, como si se tratara de un individuo, puede unirse al decir “Yo creo” solo dentro de la comunión con la Iglesia. Aquello en lo que creo se sustenta en lo que muchos otros han creído antes de mí y que han transmitido la fe No me he dado la fe del mismo modo que no puedo darla. (CIC 166). Y del mismo modo que yo no me he dado la vida sino que la he recibido, del mismo modo no puedo inventarme la fe sino simplemente aceptarla. La he recibido de la Iglesia, del mismo modo que he recibido la vida de mi madre. Durante el bautismo se pregunta en la ceremonia: “¿Qué pides a la Iglesia de Dios?” Y la respuesta es: “La fe”. “¿Qué te ofrece la fe?” “La vida eterna” (CIC 168).

No habría una fe común si no hubiera un lenguaje común para expresar la fe. No creemos en fórmulas sino en lo que ellas significan, Pero sin embargo expresamos lo que creemos en palabras y sentencias que compartimos y que nos posibilitan para hablar entre nosotros de lo que creemos. Es por tanto indispensable tener un lenguaje de fe que nos una, del mismo modo que los lazos lingüísticos son necesarios para la sociedad humana (CIC 170).

¿Qué sería de nuestra liturgia sin el tesoro de un lenguaje religioso común? ¿Y como podríamos proclamar nuestra fe si cada uno de nosotros se enredara en sus propios “juegos de lenguaje”? El lenguaje religioso es un recuerdo vivo de las realidades religiosas. En lo esencial remite a Cristo que nos habló con sus propias palabras del Reino de Dios. (CIC 543). La Iglesia preserva la memoria de todo esto: “Como una madre enseña a hablar a sus hijos y a entender y a comunicarse, la Iglesia nuestra Madre nos enseña el lenguaje de la fe para introducirnos en el conocimiento de la vida de la fe”. (CIC 171)